

PDFSPOT

lecturas exclusivas

Revista de literatura Los Noveles

www.losnoveles.net

Diario

Maximiliano Barrientos

Editorial El Cuervo, Bolivia, 2009

ISBN: 978-99954-749-0-4

Narrativa, 133 págs.

www.editorialelcuervo.blogspot.com

Necesidades

Laura se mira en el espejo empañado del baño. Laura seria, desnuda, con dieciséis años.

Estás soñando, dice.

Ricardo despierta. Cuando estaba en el colegio vio a un tipo romper la ventanilla de un auto para robarlo. Recuerda eso ahora. Un gordo con cicatrices de acné en la cara. Lo miró a los ojos y sonrió. Pocas veces experimentó una complicidad semejante. En esa época estaba enamorado de Laura, le escribía canciones, entablaba largas conversaciones mentales. Quería contarle chistes, decirle cualquier cosa inteligente que cambiara la opinión que tenía de él.

El gordo entró en el auto y se marchó. Ricardo volvía a casa después del cine, todavía era de día.

Probablemente ese ladrón murió o está preso o es un hombre enfermo, adicto a una droga dura. Ricardo se casó, se divorció. Se fue del país y volvió. Pasaron veinte años, sueña con Laura y al despertar piensa en él, la asociación es mecánica, fortuita.

Se queda tendido en la cama, es casi mediodía y no tiene nada que hacer. No sabría explicarle a nadie, ni siquiera a Jill, por qué se siente tan confundido. Escucha los sonidos de los otros departamentos: mujeres hablando con sus hijos. Televisores. Canciones que no conoce. El mundo, todo eso afuera, entrando por sus oídos.

¿A que no te imaginás con quién me soñé?, le pregunta a Freddy.

Ni idea.

¿Te acordás de Laura?

¿Qué Laura?

Laura Hernández.

¿La del colegio?

Sí.

Me acuerdo.

¿Raro no?

¿Qué cosa?

Están en un bar que siempre frecuentan. Un sitio pequeño con amplias ventanas. Con mujeres fáciles. Con buena música, es decir con la música que escuchaban antes. Estos boliches le hacen creer que el mundo no se ha movido, que no lo han expulsado de la fiesta.

Hacía siglos que no pensaba en ella.

Dame otra, le dice Freddy a Carlos, el dueño del bar y cantinero.

...

Mi mujer quiere que vaya al gimnasio, dice que estoy muy gordo. Está loca.

...

Freddy bebe la cerveza que le acaban de servir. Se voltea y hunde los codos en la barra. Un grupo de mujeres y hombres acaba de entrar. Bebe otro trago y tose. Jugaba fútbol. Era un lateral derecho, pocos lo alcanzaban. Era flaco y no bebía y producía algo en las mujeres: la certeza de que podían protegerlo de lo que estaba destinado a convertirse, la ilusión de que —de una forma irracional y secreta— podían retrasar ese proceso. Se casó con una compañera de la universidad y tuvo un hijo antes de acabar medicina. Es el único compañero de colegio con el que Ricardo mantiene contacto.

No tengo idea cómo se verá ahora.

Freddy lo mira y luego vuelve a clavar la vista en una de las mujeres que entró hace un momento.

¿Te parece que estoy muy gordo?

¿Comparado con quién?

Comparado con nadie. ¿Estoy gordo o no?

No sé; si Pati dice que estás gordo, entonces estás.

Bah, Pati está loca, desde que ya no trabaja en la clínica anda medio volada.

...

Salía con Alessandro, dice abruptamente Freddy.

¿Qué?

Así se llamaba su cortejo. Alessandro.

¿De qué estás hablando?

De Laura.

Me había olvidado del nombre de su cortejo.

¿Vos crees que se la tiraba?

No, ni idea. No.

Bah... seguro que sí.

No creo.

Sos lleno de huevadas. ¿Qué importa si se la tiraba o no?, pregunta Freddy.

No importa, sólo te digo que no creo.

Se la tiraba.

Carlos sube el volumen a una canción de Depeche Mode. Dos parejas bailan a unos metros. Hay luces golpeando las paredes. Figuras abstractas, figuras con forma de estrellas marinas, brillos molestos que enceguecen y marean. La cerveza sube despacio y los adormece. Es como estar dentro de una pecera gigante. Aproximarse a los bordes y mirar a los otros seres humanos a través del cristal, ver a las chicas lejanas a pesar de saber que están muy cerca.

¿Sabés qué extraño del colegio?, pregunta Freddy.

¿Qué?

No extraño tanto a las chicas, ninguna me gustaba de verdad.

Te trataban bien.

Lo que realmente extraño es pelearme con alguien. Sacarle la mierda a alguien. Que me saquen la mierda.

¿De verdad?

Fuera de joda.

¿Que te saquen la mierda?

Sí.

¿De verdad extrañás sacarte la mierda con alguien?

No he dicho algo tan en serio en toda la noche.

Estaciona frente al departamento que ocupa desde hace un año, luego de su divorcio.

El barrio está vacío. Sube corriendo las gradas e ingresa en el ascensor. El portero no está en su oficina, probablemente se encuentra en el baño o durmiendo en algún lugar apartado.

Se mira en el espejo. Tiene la boca seca y los ojos inyectados en sangre.

Enciende el televisor, no está con sueño. Hoy tenía que haber salido con su hijo, pero su ex mujer lo llamó para avisarle que lo habían invitado a un cumpleaños. Marca su antiguo número. Contesta Jill.

¿Ya llegó Mike?

¿Sabés la hora que es?

No es tan tarde. ¿Llegó?

Mierda, no podés llamar a esta hora.

Pasámelo un rato, quiero hablar unas palabras con él.

Está durmiendo.

¿Con quién estás?

Qué te importa.

La voz de su ex mujer suena nerviosa. Se conocieron en Oklahoma. Se casaron después de viajar itinerantemente por varios lugares de Estados Unidos, vinieron a Bolivia y cuando el matrimonio colapsó, ella se quedó en el país. Al comienzo hacían el amor como locos, leían libros, viajaban. Ella le contaba historias que recordaba de su infancia en un suburbio de Nueva York. Le hablaba de su hermana, que a los dieciocho años se fue de casa y cortó el contacto con la familia. A veces, cuando bebían, lloraba. Decía que estaba muerta, que se había enganchado con las drogas, que su vida era una mierda. Él la consolaba y luego se quedaba callado y pasaba un brazo alrededor de sus

hombros. Eran jóvenes y le tenían miedo a cosas distintas, descubrirlo en los momentos de debilidad, cuando la intimidad se volvía difícil, los hacía sentir muy solos.

Unas palabras, Jill, quiero decirle buenas noches.

Ya está durmiendo, no voy a despertar al niño para que le digas buenas noches.

¿Cómo se llama tu amigo?

Otro silencio largo. Jill tiene la vista clavada en el piso o se muerde los labios, le da la espalada al hombre para que no vea el temblor de su boca, la rabia contenida. Ricardo imagina todo esto.

Qué te importa.

Cuelga. El sonido del televisor es sucio, distorsionado. La única luz en la habitación proviene de ese viejo Sony de 21 pulgadas.

Sale a tomar aire. La vista desde el decimoctavo piso siempre le resultó fascinante. Ver la ciudad desde esa altura le permite distanciarse de sus propias turbulencias. Cuando era niño imaginaba la Tierra a escala universal y todo se volvía absurdo, pero sentía alivio al saber que el mundo era un punto insignificante, algo que desaparecerá.

Camina por los pasillos vacíos y escucha el televisor encendido en el departamento del viejo Pereira. Apoya un oído en la puerta. Se oyen risas y una música de circo y luego la voz de alguien anunciando un producto para el pelo. Toca la puerta. Pereira es un profesor jubilado. No le conoce hijos ni mujer. Cuando se topan en el ascensor hablan de fútbol. Es hinchada de Blooming. A Ricardo no le interesa el fútbol, pero hace comentarios obligado por una rara noción de cortesía.

Vuelve a tocar, nada. Gira la perilla y la puerta se abre. El sonido del televisor es estridente. Pereira está en calzoncillos sentado en un sofá de cuero. Hay restos de vómito en su pecho. Una botella de Jack Daniel's casi vacía reposa en una mesita ratón.

Lo zarandea pero el viejo no despierta. Da vueltas por el departamento, es austero, está provisto únicamente por lo indispensable: sillas, platos, un obsoleto equipo de música. En la cocina diminuta se acumulan vasos y tazas sucias. Ingresa en el dormitorio y abre uno de los cajones del modular. Papeles, revistas, tres novelas policiales en ediciones baratas de cuatro décadas atrás. No encuentra ninguna foto. Parece la habitación de un hotel. Regresa a la sala y cubre el cuerpo de Pereira con una colcha, lo pone en una posición en la que le resultará imposible ahogarse si vuelve a vomitar. Apaga el televisor y el cuarto se llena de oscuridad y de silencio.

Se va del departamento.

Busca en el directorio el número de Laura Hernández. Encuentra a tres mujeres con ese mismo nombre. Coge el teléfono y llama a la primera. Contesta una mujer. Llora, tose, vuelve a decir hola pero Ricardo se queda callado. Ella sigue llorando. Cuelga.

Va hasta la cocina y se sirve un whisky, bebe un trago. El teléfono suena. Es tarde en la noche y el sonido lo desconcierta, el vaso cae al piso y se hace pedazos.

Corre hasta la sala y contesta.

Tengo registrado su número, usted me acaba de llamar, dice la mujer que lloraba.

Fue una equivocación, lo siento.

¿Usted me llamó hace un rato?

Me equivoqué. No...

La mujer aguarda, la escucha respirar. Es una respiración pesada, lenta, cargada de cosas rotas. Cuelga.

Esta vez sueña que su padre besa a su madre. Los dos son muy jóvenes y están en una fiesta. Su padre lo lleva a un lugar apartado y le cuenta un chiste. Ríen y vuelve al salón, donde ella lo espera impaciente. Bailan y lo miran y comentan cosas que no puede escuchar. Luego desaparecen. Todos se divierten, ve a hombres riendo, a mujeres con tacos en stiletos trepadas sobre las sillas. Hablan a los gritos, intercambian números de teléfono. Va en busca de sus padres pero no los encuentra. Corre por el salón, está lleno de desconocidos. Ricardo es un niño, no puede verse, pero sabe que es un niño.

Despierta, todavía es de noche.

Encuentra al portero fumando en la entrada del edificio. Lo saluda levantando una mano. Ingresa en el auto y enciende el motor.

Atraviesa la ciudad en las primeras horas del domingo. Se hace de día y acelera, los sonidos llegan demorados, como si proviniesen de un lugar lejano. No está yendo a ninguna parte, sabe que tiene que mantenerse en movimiento.

Estaciona frente a su vieja casa. Se demora unos segundos en el interior del auto, quiere enfriar sus pensamientos, bajar el volumen de su cabeza. A unos metros, divisa una vagoneta Nissan que no había visto antes.

Toca el timbre dos veces. Jill aparece vistiendo una vieja bata marrón. Está ojerosa y despeinada.

Antes de que me tirés una puteada, quiero ver a Mike unos minutos. Sólo unos minutos.

¿Tenés idea de la hora que es?

Sólo unos minutos.

¿Has estado bebiendo?

No.

La voz de un hombre pregunta si todo está bien. Jill se queda callada. Mira a Ricardo y se acomoda el pelo.

Sólo unos minutos, le advierte.

Unos minutos, es lo único que te pido.

Esperá acá, voy a despertarlo.

Escucha voces y luego otra vez silencio. Se sienta en la vereda de su viejo barrio y observa las casas de sus antiguos vecinos, algunas tienen las luces encendidas. Le duele la cabeza y no se ha afeitado y las manos tiemblan. No sabe qué quiere decirle. No es algo que tenga que explicar.

Hace dieciocho años, cuando su padre se peleó con su madre por alguna de sus infidelidades, le dijo que ella se iría a vivir un tiempo con uno de sus novios. Nunca se fue de la casa, pero Ricardo temía la posibilidad de vivir solo con ese hombre nervioso, enfermo del corazón, que había llegado de España buscando algo que nunca le quedó claro. Perdió el control, bebía mucho y lloraba a cualquier hora. Nunca la golpeó, nunca la insultó. Su madre salía en las noches y volvía al cabo de los días, no inventaba una historia, no mentía. Era algo que hacía: los hombres la volvían loca. Su viejo estaba enamorado de esa mujer pelirroja y distante y promiscua. Antes de los daños, pasaron cosas importantes, momentos de plenitud en los que ninguno dijo una sola palabra. Su padre —cuando no lo era— vio desnuda a esa mujer por primera vez en algún hotel y se sintió parte de algún lugar. Debió suceder así. Debió haber momentos de calma en los que ella le cortó el pelo o bailó descalza en la tierra o rozó cariñosamente su nuca mientras caminaban al atardecer en el campo. Seguramente todos los matrimonios tienen esos paréntesis que no se relacionan con el resto de la vida que siguió después. Lagunas raras en la memoria. Probablemente el suyo también estuvo poblado de esos deliciosos agujeros.

Mike camina hasta sentarse en la vereda.

¿Qué pasa, pá?

Nada, sólo quería ver cómo andan las cosas.

Jill está apoyada en la puerta, lo observa con desconfianza. Al ver la incomodidad de Ricardo, ingresa en la casa pero no cierra la puerta.

¿Qué tal el cumple?

Bien, no sé. Aburrido.

¿Aburrido?

Lo de siempre.

¿Quién es el amigo de tu madre?

Alguien de la oficina.

¿Salen hace mucho?

No sé, no me acuerdo.

¿Vamos a dar una vuelta?, pregunta Ricardo indicándole el auto estacionado a unos metros.

No sé, pá.

Vamos un rato. Soy tu padre, no soy cualquier extraño.

Mike observa la fachada de la casa. Todas las ventanas tienen las cortinas corridas. Jill no los espía. Seguramente conversa con el hombre, intenta explicarle la situación.

Sólo unas vueltas, luego te traigo.

Vacila, pero accede. Padre e hijo ingresan en el auto. Lo pone en marcha y en segundos están lejos del barrio.

Después de media hora, Mike pregunta:

¿Dónde estamos yendo?

¿Dónde querés ir?

No sé si a esta hora hay algo abierto.

Entonces sigamos dando vueltas y cuando se haga más tarde nos metemos en algún lugar a desayunar.

OK.

¿Qué querés comer?

Cualquier cosa, no tengo hambre.

Ya te va a dar.

Te noto raro, ¿pasó algo, pá?

Nada. No pasó nada.

...

¿Crees que tu mamá es feliz con ese tipo?

No sé.

¿Parecía feliz con los otros?

No.

Ya lo será. Es cuestión de tiempo. Jill es una buena mujer. Y es linda.

Se va a enojar, vas a ver.

Se le va a pasar.

...

Cuando tenía tu edad, vi como un tipo robaba un auto.

¿En serio?

Sí. Bueno, tenía unos cuatro años más que vos. Rompió el vidrio, me miró, sonrió y se metió en el auto. Todo duró unos segundos.

¿Tuviste miedo?

Supongo. No me acuerdo.

¿Quién era?

Un tipo con problemas, con necesidades.

¿Qué necesidades?

Necesidades, alguien con deudas. Alguien con problemas de drogas. Alguien que dejaba a su familia. Alguien solo.

¿Necesidades?

Sí. De afecto, de algo.

A mí nunca me pasa nada.

Algún rato te van a pasar cosas, tené paciencia.

Supongo.

Seguro. Ya vas a ver.

En el baño del café se lava la cara y se mira en el espejo. Viste la misma ropa que usó la noche anterior cuando fue al bar con Freddy. Un hombre orina en uno de los mingitorios. Acaba y lava sus manos y sale apurado, sin mirar a Ricardo.

Debería hablar con Jill. Decirle que ella no tuvo la culpa. Que el matrimonio no funcionó porque él no hizo lo que debió haber hecho, cualquier cosa que esto haya sido. Decirle que encontrará a alguien. Decirse mentiras, palabras consoladoras. Decirse que esta mala racha durará poco. Que la confusión terminará. Convencerse. Treinta y seis años no es ser viejo. Debería dejar de hablar solo. Siempre le resultó extraño el sonido de su voz cuando no hay personas alrededor. Cuando era niño hablaba con amigos que inventaba. No tiene muchos amigos, Freddy, algunos compañeros de la oficina. Nunca tuvo verdaderos amigos, Jill se lo echaba en cara. No importa. Los amigos se los tiene en el colegio, luego se tiene colegas. A la mierda. Todavía puede hacer las cosas bien. Debe mantenerse a flote, en movimiento. En L.A. surfeaba. Deslizarse en el agua traía consigo cierto equilibrio, lo conectaba con una música que existía en su cabeza y que muy pocas veces conseguía escuchar. Jill se burlaba de todos sus intentos por mantenerse encima de esa tabla que tenía impresa las palabras WHITE SHARK. Su cuerpo estaba bronceado. Recuerda sus muslos. Los besó, hundió la cara en su vientre y besó su coño y le dijo que su coño era su casa. Que el olor de su coño era su patria. Jill reía, lo llamaba cerdo. Pervertido. Le decía que lo adoraba. Tenían veintidós y veinticinco años. A veces despertaba y la veía tomando un té en la oscuridad de la sala, no hablaban, se quedaban ahí por unos minutos y luego volvían a la cama. En esas noches pensaba en la hermana desaparecida. No debieron dejar Estados Unidos, deberían vivir en algún lugar de la Costa Oeste, en un sitio con mar, con playa, con sol todos los días del año. Deberían tener los cuerpos bronceados. Hacer las paces. Perdonarse cosas. Cuando estaba en el colegio era otra persona. Hay cambios, algo sucede, algo se interrumpe. Crecen. Las personas crecen y abandonan lugares, no hay nada raro en eso. Traicionan, hablan demasiado, dejan de escuchar las viejas canciones. No está bien pero es

lo que sucede. Engordás, perdés pelo, no decís las palabras correctas a la mujer que te hace compañía. No hay ningún misterio en los declives, es algo físico, una ley. No hay tragedia en las leyes físicas. Las deformaciones son graduales. Freddy no lo entiende, no necesita entender nada. Freddy sigue siendo la misma persona, más gordo, más caprichoso, pero mantiene una continuidad. Una misma línea atraviesa al futbolista mujeriego y al dermatólogo con sobrepeso. Si le hubiera contado chistes a Laura hubiera hecho alguna diferencia. Un hijo con ella. Verla engordar, ir al cine, bailar en bares pequeños. Pensaría en soles distantes, en el Polo Norte, en peces de colores cada vez que entrara en ella. Nunca se hace el amor con las mujeres correctas. Jill en su momento fue la mujer correcta. La mujer correcta dura poco y luego se convierte en otra cosa. No sabe quién es, se ha perdido, dejó de ser el que era en algún momento, partes suyas quedaron desperdigadas en bares, en viajes, en hoteles de paso, en momentos de desesperación en los asientos traseros de los colectivos. Treinta y seis años. Se mira y siente un poco de vergüenza. Tozudez, orgullo, resentimiento, ojeras. Hace muecas. Se ríe de sí mismo. Se autocompadece. Recuerda a su hijo cuando era un bebé. No sentía que fuese parte suya, como si él no hubiera participado en su procreación. Algo que vino del espacio exterior. Un meteorito. Un accidente fortuito hecho de carne y linfocitos y sistema nervioso. Un extraño que compartía la misma información genética. Está bien. Decirse que todo está bien. Que va a dormir. Que va a descansar. Decirse que terminará su desayuno y que hablará con Mike de fútbol, de videojuegos, de lo que sea que hablen los niños en estos días. Decirse que subirá al auto y cruzará las calles y permitirá que el viento haga estragos con su pelo. Pondrá una emisora que pase viejos temas de los ochenta: Guns N' Roses, Pat Benatar, Billy Idol, Journey. Volverá a algún lugar. Prometerse cualquier cosa en vez de hablar solo y mirarse la cara, el agua goteando por sus mejillas y manchando la camisa. No tiene ganas de mover un solo músculo, le duele la nuca, la dentadura. Es un dolor fantasma porque no hay nada malo en ninguna parte de su cuerpo, pero el malestar está ahí, esa cosa agregada, confundida con su grasa y sus nervios y sus glóbulos rojos.

En la barra pide el directorio y busca el teléfono de la primera Laura Hernández de la lista. Llama y contesta una niña.

Quisiera hablar con Laura, por favor.

¿De parte de quién?

De un viejo amigo.

Espere un rato.

Al cabo de un minuto, la voz de la mujer que anoche lloraba se pone al teléfono.

Soy yo, dice Ricardo.

¿Quién?
El que llamó anoche.
¿Qué quiere?
¿Por qué lloraba?
¿Por qué cree que tengo que explicárselo?
No tiene que explicármelo si no quiere.
Después de varios segundos, dice:
Tengo una hija que está muriendo.
No sé qué decirle.
No diga nada.
Debe ser horroroso.
No diga nada.
Yo también tengo un hijo.
¿Qué edad?
Once.
¿Son compinches?
No tanto.
Debería hacer algo al respecto.
Lo sé.
Tengo que irme, tengo cosas que hacer.
Perdón por llamarla anoche.
¿Quién es?
Nadie. Marqué mal. Lo siento.
La mujer vacila y cuelga sin despedirse. Ricardo vuelve a la mesa y encuentra a Mike acabando el jugo de naranja. No tocó las tostadas.
Mamá debe estar como loca.
Ya vamos a volver.
¿Papá?
¿Qué?
Creo que deberíamos irnos ahora.